

una vez que entregamos el proyecto ya es tarde. Con todo este material, iremos a presentarle al cliente nuestra propuesta, la compartiremos con él desde el lugar de ofrecerle lo que escuchamos que nos pidió.

¿Qué escuchamos?

Cada persona dice lo que dice sin embargo no es lo que la otra persona escucha. Veamos un ejemplo, cuando un escritor escribe en el papel aparecen las mismas palabras y letras para todos los lectores, cuando vemos una película las escenas son las mismas y el diálogo es igual, sin embargo, cada persona interpreta otra cosa, dependiendo de su historia, de sus conocimientos, de su medio, de un montón de cosas que hacen a la persona que cada uno es.

Volviendo al momento de entregar la propuesta, ésta será satisfactoria sí y sólo sí la persona que hizo el pedido se dá por satisfecho, esto quiere decir que siempre será el que pide el que tiene la última palabra.

¿Nos falta algo?

Varias cosas, pero con algunas podemos empezar:

Generación de contexto: cuando vamos a tener una reunión, a hacer un pedido, a ofrecernos para algo, crear un clima adecuado, generar un espacio de confianza, promover un momento de conversación hará que nuestro camino se vea allanado en un gran porcentaje

Respetar al otro sea cual fuere su forma de pensar y escucharlo desde el lugar de que todo lo que nos dice tiene un fundamento en su criterio y es válido aún cuando no estemos de acuerdo nos abrirá la posibilidad de entregarle lo que nos está pidiendo.

¿A todo debo decirle que sí?

No, siempre y cuando mis opiniones tengan un fundamento, ya sea algo que aprendí o fruto de mi experiencia, cosas que hacen al profesional que soy, para eso me llama, acordémonos que quien nos llama lo hace porque cree que algo le está faltando y ese algo se lo podemos ofrecer nosotros, es por eso que si nosotros no respetamos nuestro espacio de contacto con el cliente para ofrecerle todo nuestro conocimiento y profesionalismo nadie lo hará por nosotros.

En torno a la ciencia y la técnica.

Flavia Vilker

La estructura tecnocientífica de nuestra sociedad funciona; y funciona con un alto nivel de eficiencia: no es ninguna novedad. Sin promover preguntas referentes a lo que queremos como sociedad, la técnica y la ciencia nos despliegan la imágen del progreso infinito -y por ello mismo nunca concluido- y la tendencia a la perfectibilidad que obturan reflexiones en torno a otras significaciones a la par que sientan una relación con el mundo de dominio. Asimismo, ciencia y técnica son, hoy en día, los vectores por donde necesariamente pasa aquello que constituye la «felicidad» del hombre moderno, esto es: el mundo del confort.

Funcionalidad, eficiencia, progreso, dominio, confort. Evidentemente hacemos referencia a un entramado significativo que hoy pareciera ser incuestionable: nuestra modernidad tecnológica se ha forjado alrededor de este imaginario promisorio del que si bien es posible reconocer

ciertas reminiscencias dieciochescas, no por ello es menos cierto que ya pareciera no haber lugar para el hombre y el humanismo.

Aquí pretendemos, entonces, reflexionar sobre algunas cuestiones relacionadas con la práctica científica y tecnológica, centrándonos en algunas consecuencias de un mundo que se ha organizado técnicamente y en el que las pasiones y las sensibilidades humanas son canalizadas, precisamente, a través de esta misma estructura. La responsabilidad, entonces, al formar profesionales técnicos y científicos no es menor: coadyuvaríamos al desarrollo de una orientación y de una mirada sobre el mundo.

I. Los hombres - suponemos desde una perspectiva humanística que luego veremos si ha quedado rezagada - operamos con vistas a un horizonte de sentido; sin embargo, en lo que hace al mundo de la técnica y la ciencia no puede decirse que ocurra lo mismo: la técnica, ante todo, no tiende a un fin ni promueve sentidos porque no está en su programa dar respuesta a estas cuestiones; antes bien, funciona. Que la técnica simplemente funcione no implica necesariamente que sea neutral y que dependa de lo que los hombres hagamos con ella. La problemática excede, en este sentido, las discusiones en torno de la tecnofobia o la tecnofilia.

Un modo adecuado de adentrarse reflexivamente en esta problemática -siguiendo a autores de muy variados intereses y extracción como Heidegger, Bookchin o Mitcham-, debería contemplar que la no neutralidad de la técnica, está asociada al mundo que crea. Es decir: un mundo con características determinadas, que es el mundo que habitamos.

Y no podemos decir, a esta altura, que sea objeto de nuestra elección porque nos vemos arrojados, a priori, a un mundo que está técnicamente organizado. Así, tanto nuestras conductas, acciones, pasiones o sueños estarán articulados y sólo podrán expresarse a través de esta estructura tecnocientífica - imaginemos, sino, como experimentamos una especie de suspensión del tiempo cuando ocurre una pequeña interrupción del flujo tecno-científico como es un corte de luz; o las frustraciones que siente el hombre moderno al no poder acceder al consumo de los últimos adelantos tecnológicos. En fin: como afirma Umberto Galimberti, habitamos la técnica.

II. Son muchos los autores que identifican - y también es parte del sentido común - la técnica con la idea de instrumentalidad. Se trata del criterio más tradicional y extendido de lo que la técnica -y la ciencia- sean: instrumento para hacernos más comfortable, más «habitable» el mundo. En este sentido instrumental, pareciera que nos encontramos simplemente con un medio. Un medio a nuestra disposición que facilita unos fines: vivir mejor, dominar la naturaleza, adaptar el entorno, etc.

Sin embargo, si bien esta conceptualización tradicional podía ser cierta cuando había menos instrumental, el desarrollo exponencial de los saberes y las prácticas a ella asociados han hecho estallar el sistema.

Expliquémonos: el feroz desarrollo cuantitativo del instrumental ha provocado un salto cualitativo. Así, estamos en condiciones de afirmar que ya no es el «fin», el que empuja a la adquisición de saberes científicos y técnicos, sino que es la disponibilidad de los «medios» lo que despliega el abanico de los fines imaginables -un modo de ejemplificar este proceso es establecer una relación de semejanza con el

papel atribuido por Marx al dinero, según el cual deja de ser un medio para devenir el fin último, al que se subordina todo lo demás.

III. Ya estaríamos en condiciones de afirmar y comprender, entonces, cómo ocurre este proceso según el cual son ahora los saberes, los conocimientos científicos y las técnicas los que van a decidir el modo de hacer experiencia y cómo ellos constituyen el horizonte sobre el que se va a desplegar toda práctica. Así, ya no es el «hombre» el sujeto soberano capaz de elegir y decidir: la estructura tecno-científica se ha erigido como absoluto. Después de todo, no es nuevo este desplazamiento de la centralidad de Dios como garante y fundamento del mundo a una garantía cognitiva de otro orden.

Este giro supone el fin del humanismo - el hombre como sujeto de la historia - y es en este marco en el que deberíamos mínimamente reflexionar sobre nuestro bagaje y nuestra responsabilidad al formar profesionales de las ciencias y las técnicas.

IV. Una formación integral y humana, si bien lo presupone, debe exceder la mera adquisición de los saberes específicos para el hacer, know how que se ha vuelto hoy en día principal demanda de las curriculas profesionales. En este sentido, tal vez no resulte inadecuado recordar que, tal como sugería Ortega, el proyecto vital humano es extratécnico y no se agota en la mera utilización de recursos.

Nuestras facultades, desde una perspectiva optimista, tienen una potencia: la que se ancla en la estética. En un mundo en el que el sentido se ha perdido, los fragmentos y los restos de los que hemos conocido como grandes relatos abstractos guardan aún la fuerza sensual de la estética.

Adentrándonos en la problemática estética, muchas veces no se suele apreciar que toda estética conlleva una ética y una política y, así, se olvida que el diseño y su estética convocan la fuerza de lo sensible, la percepción de totalidades intensivas. La entrada a una reflexión en el ámbito extratécnico-profesional, entonces, podrá provenir de un análisis estético (y de obvias implicancias éticas) de las propias realizaciones. Por eso es necesario promover una filosofía de la creación y una introducción a la investigación tecnocientífica que repongan los valores humanistas y sitúen las creaciones al interior de una práctica responsable que exceda la mera y ciega utilización pre-reflexiva y no ética.

Así, brindar herramientas para la comprensión de la creación y la plasticidad al interior de una ecología social y creativa que consienta el respeto por los otros y por la naturaleza tanto como promover el ejercicio activo de la libertad se revelan complementarios de los contenidos curriculares.

El Diseño, un milagro.

Mercedes Villanueva

Una gran incógnita a resolver, cuando un docente se para frente a esos seres concretos que son sus alumnos, es saber en qué posición ponerse. Es una cuestión de ubicación... (diría un viejo y experimentado ex profesor mío). La pregunta es: ¿Cuál será el mejor lugar en que puedo estar, para ser una eficaz ayuda en ese proceso que llamamos aprendizaje? Muchas son las posibles respuestas a este ancestral dilema pedagógico. Tantas, digo yo como docentes hay en el mundo.

Sin embargo, me gustaría arriesgar algunas consideraciones que creo, pueden ayudarnos a vislumbrar el borroso camino que significa enseñar.

A priori, descreo del vocablo enseñar, en el mejor de los casos podremos ser tímidos colaboradores, alegres ayudantes, elegantes amanuenses o profes a secas de esos futuros profesionales que se están gestando. Estimo que son ellos y solamente ellos los que deciden, aceptan y encaminan un proceso en el que recibirán una mano amiga que les brinda algo de su experiencia. Los docentes nos acercamos a ellos, desde lo que somos (buenos o malos) y los alumnos tendrán que sobrevivirnos. Diría más, de esa capacidad, surgirá su éxito o fracaso profesional, ya que si nos aguantan, podrán también hacerlo con sus posibles clientes.

Entre ambos (docentes y alumnos) se establece una relación de intercambio permanente, donde es fundamental la actitud crítica de unos y de otros, con el objeto de aprovechar al máximo las capacidades personales y dejar de lado aquellas cosas que no nos sirven y pueden entorpecer el camino. Sin embargo, el actor principal, el galán virtual, el héroe arrojado, es sin duda alguna, nuestro querido aprendiz de diseñador y nadie (para bien o para mal), puede ocupar su lugar y mucho menos nosotros.

De pronto, sin saber cómo, surge a esta altura de la reflexión un cambio de óptica y automáticamente la pregunta inicial cambia reformulándose: entonces, cuál es el mejor lugar en el que pueden estar los alumnos, dentro del proceso de aprendizaje?

Cuáles serán las características principales en esta toma de posición, que hará viable llegar a los objetivos deseados? Sin duda, así como los actores de un melodrama necesitan «meterse en la piel» del personaje que representan, creo que la primera y vital actitud del que aprende es comprometerse con ese proyecto. Compromiso que tendría que ir más allá de la nota, más allá de los resultados o más acá de las evaluaciones.

El sentido común y la realidad, nos muestran, cuán difícil es llevar esto a la práctica.

Todos y mucho más los jóvenes, nos encontramos inmersos en un sistema donde el ser exitoso, constituye un valor a alcanzar que justifica cualquier esfuerzo. Somos examinados permanentemente por los logros obtenidos, más que por los caminos transitados o las experiencias cosechadas, sin tener en cuenta que para llegar a buenos resultados es condición absoluta haber caminado los senderos de mi propio proceso individual. Proceso que creo, involucra a la persona toda, traspasando los límites del aprendizaje, compromete su inteligencia, creatividad, voluntad e inclusive su integridad y sistema de valores. Esa formación es posiblemente una de las pocas cosas que nos deja nuestro transitorio paso por las aulas universitarias.

Otro punto interesante, habiendo alcanzado el primero, es la cuestión de la actitud; vocablo hoy de super onda, sobre todo en los ámbitos de prensa y televisión por lo cual, a veces su significado se superficializa y se vacía de contenido. Lo actitudinal, requiere, no sólo predisponerse a realizar un trabajo, recorrer un camino, sino que busca interiorizarse en el individuo generando algunos otros condimentos, vitales en este proceso: dinamismo y vitalidad para dar lo mejor de nosotros, docilidad para animarse a recorrer zonas inexploradas por otros, capacidad para poner en crisis las propias consignas, flexibilidad y apertura mental, necesarias para aventurarse a veces sintiéndose inseguro.